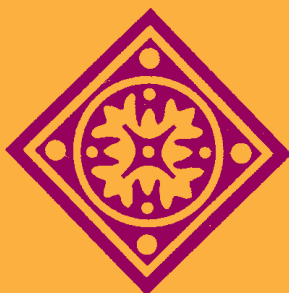


JEAN-RENÉ AYMES



# La Guerra de la Independencia: héroes, villanos y víctimas (1808-1814)



Editorial  
**MILENIO**



**LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1808-1814):  
HÉROES, VILLANOS Y VÍCTIMAS**

**Colección Hispania**

Directores:

ROBERTO FERNÁNDEZ

MANUEL LLADONOSA

Coordinadora:

MARÍA JOSÉ VILALTA

JEAN-RENÉ AYMES

La Guerra de la Independencia:  
héroes, villanos y víctimas  
(1808-1814)

Prólogo de  
José ALVAREZ JUNCO

Editorial  
**MILENIO**  
LLEIDA, 2009

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual



© Jean-René Aymes, 2007

© de esta edición: Editorial Milenio, 2009  
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida  
[www.edmilenio.com](http://www.edmilenio.com)  
[editorial@edmilenio.com](mailto:editorial@edmilenio.com)

Primera edición digital (pdf): noviembre de 2009

Esta edición corresponde a los contenidos de la primera edición en formato papel, de septiembre de 2008

ISBN: 978-84-9743-318-1

*Made in Spain*

# ÍNDICE

<i>Prólogo</i> .....	9
<i>Introducción</i> .....	15
<b>LAS AUTORIDADES</b>	
El compromiso de las autoridades españolas .....	25
Los ocupantes .....	47
Los colaboracionistas eminentes .....	66
<b>LOS SOLDADOS INVASORES Y LOS INTERVENCIONISTAS INGLESES</b>	
El ejército imperial caído del pedestal .....	79
La tropa francesa arrojada en un conflicto degradante .....	113
Las unidades españolas al servicio de los ocupantes .....	124
La controvertida ayuda militar inglesa .....	138
<b>LOS ESPAÑOLES EN ARMAS</b>	
El ejército español ensalzado y criticado .....	149
La tropa, no siempre ejemplar .....	187
La realidad <i>sui generis</i> de la guerrilla .....	199
<b>LA PALABRA COMO ARMA ARROJADIZA</b>	
Los enfrentamientos políticos en el lado patriota .....	228
La nueva poesía comprometida .....	281
El teatro movilizador .....	286
<b>LOS PAISANOS</b>	
Los franceses en contacto directo o indirecto con la guerra .....	291
La población española, protagonista .....	300

Los individuos vituperables o el triunfo de la maldad y del error.....	317
Los conatos de revolución popular .....	334
El fenómeno complejo de la colaboración con los franceses .....	337
Las mujeres .....	351
Los eclesiásticos.....	371

### **LAS VÍCTIMAS**

Las víctimas de clase alta.....	381
Las víctimas colectivas en el ejército francés.....	384
El señorío de la muerte en el lado español.....	390
Los terribles padecimientos de los españoles.....	397
La desdicha fuera del territorio nacional.....	400
Cronología.....	409
Bibliografía .....	417

## PRÓLOGO

### Hechos y percepciones en torno a 1808

De pocas fechas se puede decir con tanta justicia como del dos de mayo de 1808 que inauguran un nuevo período histórico. Se inició aquel día una guerra, más tarde bautizada como “de la Independencia”, que pasaría a ser un acontecimiento fundamental —fundacional, más bien— en la España contemporánea. Así lo entendieron políticos e historiadores desde mediados del siglo XIX y, a medida que pasa el tiempo y ganamos perspectiva, más tendemos a ratificar ese juicio. Sobre aquellos hechos han llovido los libros, se han celebrado los aniversarios y le toca ahora el turno a su segundo centenario. No es fácil añadir novedades sobre este tema.

Jean-René Aymes, historiador de bien ganado prestigio gracias a trabajos que versan precisamente sobre esa época, se atreve a intentarlo en este libro que me hace el honor de pedir que presente. No es una obra más. Ni adopta el clásico modelo narrativo, a partir de un esquema cronológico, ni adopta un enfoque temático —como ha hecho recientemente, en un libro importante, Ronald Fraser—. Opta, en cambio, por hacer un recorrido analítico por los individuos o grupos que protagonizaron los hechos; y lo hace, además, en términos de fama, de imagen, de mitificación. Estamos, pues, ante un trabajo de historia cultural. No versa sobre hechos, sino sobre percepciones. No expone datos o documentos *objetivos*, sino *discursos* de propaganda política, en los que son patentes las exageraciones, cuando no abiertas invenciones. Lo que al autor le interesa es saber cuáles fueron esas distorsiones, en qué sentido se orientó la imaginación ante aquel torbellino de sucesos extraordinarios. Lo cual podrá en ocasiones confundir a un lector poco atento, o demasiado ingenuo, que tome como conclusiones frases que en el apartado siguiente va a encontrar desmentidas.

Otro rasgo del enfoque de Aymes es que ve siempre las cosas desde varios ángulos; como mínimo, desde dos: el francés y el español. Ello le sitúa, al igual que su combinación de literatura y política, en la mejor tradición del hispanismo francés. De esta forma, al comprender la existencia de tan dife-

rentes puntos de vista, este libro facilitará a sus lectores la relativización de las opiniones y la comprensión de las dificultades con que los protagonistas se encontraron para interpretar el conflicto.

Este intento de capturar y exponer la laberíntica complejidad de aquella guerra es el mayor reto, y el mérito más patente, del libro que presento. Aunque la pregunta inicial de Aymes, ante cada personaje o grupo que analiza, es si estamos ante un héroe o ante un villano, en casi ninguno de ellos acaba ofreciendo una conclusión clara. La leyenda, la versión simplificada que se acuñó con el paso del tiempo, consagró, es cierto, héroes y villanos. Pero eso fue mucho más tarde. En el momento, todo eran claroscuros. Es decir, conductas ambiguas.

El primer gran aspecto confuso de la situación es la actitud de los protagonistas por el lado español. Como tantos otros hicieran antes, Aymes constata la perplejidad, las dudas, las divisiones internas. Aquello no fue una reacción espontánea y unánime de los españoles contra un intento de absorción de su país por Napoleón, reacción de la que sólo se exceptuarían unos cuantos perversos “afrancesados” que optaron por cooperar con los conquistadores extranjeros. Muy al contrario, la opinión española se dividió y buena parte de ella, especialmente en los círculos intelectuales y cercanos al poder político, optó por apoyar al rey José. De ningún modo se trató de un enfrentamiento generalizado entre españoles y franceses. Baste recordar que el llamado ejército “español” estaba al mando de un inglés y compuesto por tropas inglesas, españolas y portuguesas. Y que hubo tropas españolas en el ejército imperial, e incluso existió alguna guerrilla pro-napoleónica.

La primera, y muy ardua, decisión que hubieron de tomar los altos cargos de la administración, de la Iglesia o del ejército español en 1808 fue aceptar el nuevo orden y cooperar con el régimen josefino o declararse en rebeldía y pasarse al bando “patriota”. Muchos, casi todos, dudaron y, después de adoptada una primera postura, la rectificaron y cambiaron de lado. El dilema fue especialmente delicado para los militares, educados en la obediencia y casi obligados por las circunstancias, sin embargo, a desobedecer.

No sólo la opinión española, sino también la francesa, se dividió ante el conflicto. De entre los muchos datos sorprendentes que aporta Aymes, éste lo es especialmente, y hasta ahora, que yo sepa, no había sido destacado por los historiadores. Muchos devotos habitantes de zonas conservadoras que veían pasar a aquellos prisioneros o deportados españoles —tantos de ellos con sotanas o hábitos— se sentían de su parte, les daban comida, les ayudaban a enviar notas clandestinas a sus familias e incluso les ofrecían trabajo como curas o sacristanes de pueblo. No era hispanofilia lo que les movía, sino sentimiento antinapoleónico y antirrevolucionario. Por su parte, los comerciantes franceses (militares, a veces), se aprovecharon de la situación a ambos lados del frente;

y los de la zona pirenaica vendían toda clase de productos a ambos bandos, incluidas armas a la guerrilla antinapoleónica.

Otros ejemplos de la complejidad de aquella guerra podrían referirse al escaso entusiasmo popular a la hora de apoyar la causa considerada “nacional”. Cuando se trató de aportar ayuda material a los rebeldes, la población, en su mayoría, adoptó una conducta egoísta, de resistencia pasiva. Es uno de tantos aspectos que este libro demuestra convincentemente, y que se refiere a una realidad, como el mismo autor dice, “escamoteada” por los mitos patrióticos extendidos en las décadas posteriores y por la historiografía nacionalista hasta hoy.

Tampoco la colaboración con los aliados ingleses fue tan entusiasta y unánime como la versión simplificada del conflicto nos hace suponer. Eran los aliados, sin duda, pero habían sido enemigos durante siglos y hasta poco tiempo antes; no eran católicos; y, a imitación de los soldados napoleónicos, hacían requisas y cometían desafueros. Los recibimientos agradecidos tras haber hecho huir a los ocupantes franceses se combinaron frecuentemente con muestras de recelo, resentimiento o sorda antipatía.

Entre las causas que explican el estallido de la sublevación, Aymes subraya, como han hecho otros historiadores recientes, la importancia del conflicto entre godoyistas y fernandistas, los dos partidos en que se dividían las élites políticas españolas en los meses anteriores a la guerra. Después de dieciséis años de poder absoluto, Manuel Godoy había sido derrocado en marzo de 1808. Las expectativas de sus enemigos eran enormes. Pero apenas había dado tiempo a que las personas nombradas por él hubieran sido sustituidas, especialmente en ámbitos locales. En los levantamientos de mayo, detrás de la retórica patriótica, se descubren muchos motivos de política inmediata. Los fernandistas invocaban al “Deseado”, pero no se sabe si era porque deseaban más reformas ilustradas, porque anhelaban más bien el retorno a un Antiguo Régimen que empezaban a ver desmantelado o por mera impaciencia por llegar a puestos de poder por parte de quienes llevaban demasiado tiempo esperando a desplazar a los que todavía los ocupaban. Factores de este tipo pudieron tener más peso que el puro y simple patriotismo para explicar la sucesión de levantamientos.

Desde sus primeros momentos, pero con mayor intensidad a medida que pasaron los meses, la guerra fue incrementando su brutalidad y su envilecimiento. Todas las guerras son sucias, pero aquella lo fue más que otras. La participación en los combates de civiles, y no sólo de militares profesionales, y lo excepcional de las circunstancias, hicieron que dejaran de respetarse los valores morales heredados. Se consideraron tolerables saqueos y matanzas de población civil, torturas, mutilaciones y ejecuciones de prisioneros que estaban vedadas en el código bélico anterior. Y de ningún modo se pueden atribuir todas las atrocidades a una de las partes. Los testimonios de Goya, a veces

erróneamente interpretados como tomas de posición patrióticas, dejan pocas dudas al respecto. “Y son fieras”, “bárbaros”, “populacho”, escribe al pie de sus “Desastres”; y no se refiere sólo a los franceses.

Especialmente significativo, desde este punto de vista, fue el fenómeno de la guerrilla, tantas veces idealizada como bandas de aventureros patriotas, encarnación de “virtudes ancestrales y nobles sentimientos”. Los guerrilleros fueron, muy frecuentemente, desertores del ejército regular, forzados en ocasiones por las circunstancias y otros atraídos por la acción al margen de toda disciplina y dirección. Las fronteras entre la causa política y el bandolerismo fueron muy borrosas: las guerrillas se adueñaban de bienes de los “afrancesados”, o de quienes les convenía considerar sospechosos de serlo, y maltrataban a cualquier autoridad local por el mero hecho de mantenerse en su puesto. Y la obtención del apoyo de la población se debió, sobre todo, al temor que imponían, con atropellos y represalias comparables a los ejercidos por las tropas napoleónicas. Sobre su ferocidad, baste recordar aquella ocasión en que el cura Merino, para vengar la muerte de tres de sus hombres, hizo ahorcar a más de cincuenta prisioneros.

También nos recuerda Aymes, y proporciona datos suficientes al respecto, que la guerra tuvo mucho de protesta social. Entre los testimonios conservados abundan las quejas contra el inicuo reparto de cargas, y específicamente contra la exención fiscal de los nobles, mientras los pobres se ven arrebatados de los escasos bienes que les permiten subsistir. Y se encuentran consignas como “Que vayan los ricos a la guerra” o “¿No dicen que somos todos iguales?”, paralelas a las que circularían cien años después, en un momento tan poco ejemplar, desde el punto de vista patriótico, como la Semana Trágica.

La guerra antinapoleónica no fue sólo un momento de construcción de mitos, sino también de vidas increíblemente azarosas. En cuanto a los mitos, anotemos, con Aymes, cuánto tienen de casual, qué difícil es explicar a veces su éxito: ¿por qué se glorificó, por ejemplo, a Agustina de Aragón y no a tantas otras de las mujeres combatientes de cuya existencia tenemos constancia? En cuanto a vidas novelescas, un libro como éste, centrado en los personajes, proporciona muchos ejemplos. Por mencionar uno, aquellos soldados del marqués de La Romana que, integrados en los ejércitos imperiales, reciben noticias de lo que está ocurriendo en España y se ponen en contacto con los ingleses para traicionar a sus mandos y volver a la península desde un puerto danés; muchos consiguen embarcar y empiezan a luchar contra sus aliados hasta el día anterior; pero otros no lo logran y siguen en el ejército napoleónico; hacen la campaña de Rusia, desertando en algún caso en aquellas estepas (¿en qué lengua hablarían?); algunos volverán a España, diez años después, en las filas de otro ejército francés invasor y para restablecer el absolutismo: los Cien Mil Hijos de San Luis.

Como es inevitable, muchos temas siguen abiertos, tras este libro, y es de esperar que sean debatidos en las próximas conmemoraciones. Por mencionar sólo algunos, el eterno debate sobre si entre los motivos de la guerra dominó la defensa de valores tradicionales como el rey y la religión, o lo hizo, como sostuvieron los liberales, la lucha por la libertad contra todo “despotismo”, fuese interno o externo; o el antes aludido de si, entre las fuerzas que mueven a los sublevados, domina el patriotismo o lo hacen más bien las pugnas políticas o los abusos de las tropas ocupantes; o si debemos seguir hablando del “pueblo”, según la versión canónica sobre los hechos, o centrarnos más bien en el ejército, habitual protagonista de los enfrentamientos bélicos.

Este último tema basta para mostrar hasta qué punto aquella guerra fue un momento crucial, que marcó la orientación de la propaganda política española durante, quizás, más de un siglo. Frente a los ilustrados anteriores, que no sentían la menor tentación de rendir culto a un pueblo “ignorante”, y desde luego frente a los absolutistas, para quienes las clases populares sólo servían para ser dirigidas, el discurso político español incorporó, a partir de aquella guerra, una invocación ritual al pueblo como el salvador de los valores y esencias patrios cuando las élites egoístas los han traicionado. Es, sin duda, una falacia, un halago retórico a las clases bajas para mejor controlarlas. Pero es un recurso discursivo cuyos ecos no se han extinguido aún del todo.

El cuadro que, en resumen, se desprende de estas páginas de Jean-René Aymes es rico y complicado. Él mismo escribe, en algún momento, que está ofreciendo “el envés del decorado”, casi el negativo de la epopeya colectiva narrada por el canon historiográfico nacionalista. Pero, en su sabia prudencia, no llega a ofrecer conclusiones tan radicales como las que yo me he atrevido a esbozar en este prólogo desmedido. Que conste que sólo es mía la responsabilidad de estas reflexiones, inspiradas por la lectura de la obra pero a la luz de mis propias preocupaciones en torno al desarrollo de los nacionalismos. Este libro de Aymes, producto de una enorme acumulación de datos y una reflexión inteligente y continuada sobre aquellos episodios a lo largo de muchos años, da, en cualquier caso, motivos sobrados para pensar en estas y otras muchas cosas.

José ÁLVAREZ JUNCO



## INTRODUCCIÓN

*Para Madeleine, por su abnegación y su asesoramiento técnico*

*Con mis agradecimientos para mis atentas «prelectoras»:*

*Carlota (Universidad de Palma)*

*Carmen (Universidad de Oviedo)*

*Cristina (Universidad de Lleida)*

*Marta (Universidad de Lleida)*

Llamado “Guerra de la Independencia” o “Guerra del Francés” en España, “Guerra peninsular” en Gran Bretaña o “Guerra de España” en Francia, dicho conflicto, por su naturaleza sumamente compleja, permite enfoques distintos y complementarios. Los expertos y los lectores se pueden interesar por sus aspectos estrictamente militares, por la revolución político-institucional, por la actuación de algún general o jefe de partida de guerrilleros, por la reacción colectiva de la población de tal o cual provincia o ciudad... La cantidad asombrosa de libros, artículos, coloquios, conmemoraciones... consagrados al conflicto dejan pocos resquicios para una aproximación innovadora, a no ser que se funde en la exploración de archivos que, aún más en Francia que en España, prometen todavía revelaciones de cierta magnitud. Alentados por la proximidad de la intensa y variada celebración de los sucesos de 1808, los investigadores españoles, algunos agrupados en equipos dinámicos, han empezado a profundizar —y lo seguirán haciendo— en el estudio de batallas, unidades de combate, doctrinas, prensa..., mientras que otros, dirigiéndose a un público amplio y más curioso que ya enterado, proponen y propondrán útiles síntesis parecidas, o no, a la que ofrecí a los lectores españoles, en 1975, a través de la editorial Siglo XXI y que se apuntó un éxito editorial inesperado. A pesar de adolecer de algunas lagunas reveladas por la aparición de valiosas aportaciones posteriores, he sido fiel a mi decisión de no lanzarme a la aventura de una nueva síntesis, estimando que la concepción y estructura de mi pequeño libro conservan, por lo menos a mis ojos, lo esencial de su interés, a pesar

de algunas insuficiencias e interpretaciones necesitadas de enmiendas. A lo largo de los muchos años transcurridos entre la publicación de mi estudio en Francia en 1973 y su última publicación en España en 2008,<sup>1</sup> no he subsanado mi ignorancia en el dominio militar. Por eso no me atrevo aquí a contar una batalla, a exponer las concepciones estratégicas de un estado mayor, la táctica de un guerrillero o a comparar el alcance de los fusiles... Aunque no tengo una formación universitaria en leyes o ciencias políticas, me interesa más la revolución política, la que se puso en marcha en Cádiz y la otra que se frustró cuando la encabezó el gobierno del rey José Bonaparte. Pero me interesa aún más, porque se vincula con mi formación universitaria literaria, lo que llamé, hace años, la “guerra de opinión” emprendida, en ambos lados, con la pluma y la palabra oral puestas al servicio del fusil y del cañón.

Esa “guerra de opinión” destinada a movilizar las mentes se vale de la propaganda y de la contrapropaganda para desacreditar al adversario y ensalzar a los combatientes valerosos. Con la propaganda se “fabrica” a los “héroes” y se hace añicos a los adversarios. Es ese proceso de “heroización” —valga el neologismo— lo que constituye el objeto central de este estudio. De hecho, en ese punto, me situó en la proximidad de algunos compatriotas hispanistas e historiadores que, tomando como ejemplos el Dos de Mayo o el sitio de Gerona, han aclarado cómo esos acontecimientos se han grabado en la memoria colectiva española, han alimentado las primeras interpretaciones historiográficas y conferido al binomio Daoiz / Velarde y al general Mariano Álvarez de Castro el estatuto de “héroes” dignos de una fervorosa admiración.<sup>2</sup>

Ya terminada la redacción de mi texto, llegó a mis manos un libro que, por ello, no pude utilizar y que se superpone parcialmente con el mío. En su obra titulada *El sueño de la nación indomable*, Ricardo García Cárcel<sup>3</sup> lleva más allá que yo el estudio del proceso de “heroización” ya que se ocupa de la “mitificación” de la Guerra de la Independencia. Efectivamente, ya plasmada la figura del “héroe” sobresaliente o la imagen de algún episodio colectivo glorioso, se puede prolongar el proceso de “heroización”, que es la primera fase del embellecimiento de la realidad, bajo la forma de la elaboración del “mito”, término definido por R. García Cárcel del modo siguiente: “(Los mitos son) por una parte, personajes, hechos o ideas con valor de referentes colectivos, emocionales y sentimentales, capaces de generar adhesiones globales, de constituirse en espejos de conductas, de despertar añoranzas o advocaciones en el presente; por otra, construcciones distorsionadas de la realidad, fruto de

---

1. J.-R. AYMES, *La guerre d'Indépendance espagnole (1808-1814)*, París, 1973 – *La guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, 6° ed., Madrid, 2008.

2. C. DEMANGE, *El Dos de mayo – Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, 2004.

3. R. GARCÍA CÁRCCEL, *El sueño de la nación indomable – Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2007.

manipulaciones políticas y de instrumentalizaciones del más diverso signo”.

En contraposición con los “héroes” y personajes “mitificados”, y hablando sólo del lado español, los “hijos espurios de la Patria” o sea los “afrancesados” o “josefistas”, han suscitado en su tiempo un cúmulo de vituperios y sarcasmos que les han convertido en polos de repulsión. De la misma forma que me interesó desentrañar el inicio del proceso de “heroización” de los “patriotas” más notables, me interesó examinar —y sobre el particular escasean los estudios— el proceso incipiente de “villanización” —valga este otro neologismo— de los colaboradores de los franceses, ya que esa campaña también forma parte de la “guerra de opinión”.

Respecto a los llamados “afrancesados”, conviene que se aclare la identidad de quién les coloca en el bando de los “villanos” o “traidores”. Esa posición no es mía; personalmente, me abstengo de sentarles en el banquillo y encasillarles en el bando de los “buenos” o de los “malos”; para mí, son más que todos víctimas; y si tuvieran que comparecer ante un metafórico “tribunal de la Historia”, estimaría que la mayoría de ellos serían acreedores a una indulgencia plenaria e incluso al indulto, después de que se haya tomado en consideración unos componentes tan contradictorios como sus errores, su patriotismo, sus buenas intenciones, su cobardía, su ingenuidad, su anhelo de paz a toda costa... Consideraría que los afrancesados no fueron, al fin y al cabo, ni “héroes” ni “villanos”. Pero, evocando esa frenética “guerra de opinión” a la que atribuyo una importancia relevante, hubiera sido anómalo silenciar los malos tratos que los “patriotas” infligieron a sus compatriotas descarriados y aborrecidos, que ni siquiera fueron “heroizados” —como era lógico que lo fueran— por Napoleón y los militares franceses.

La utilización de los conceptos “héroes” y “villanos” es sumamente ardua y arriesgada, porque no se trata de conceptos objetivos que puedan satisfacer a los historiadores. Están plagados de una subjetividad de mala ley, tal vez inadmisibile, porque conllevan un juicio de valor o una idea preconcebida. Los “héroes”, ¿lo son a los ojos de quién? ¿De quién procede el dictamen? ¿En qué circunstancias se ha emitido esa opinión? ¿Según qué criterios? Ocurre lo mismo con los “villanos”. El resultado de lo vidrioso de ambos conceptos es que la frontera entre el “héroe” y el “villano” no es nítida, ni estable, ni definitiva, ni incuestionable.<sup>4</sup>

Uno de los puntos comunes entre los “héroes” y los “villanos” que también podían haberse llamado, según el mismo enfoque dicotómico y problemático, los “buenos” y los “malos”, es que eran hombres y mujeres precipitados de

---

4. Véanse unas interesantes consideraciones sobre el concepto “héroes” aplicado al general Palafox en F. J. MAESTROJUÁN CATALÁN, *Ciudad de vasallos, Nación de héroes – Zaragoza, 1809-1814*, Zaragoza, 2003, pp. 556-558.

repente en una guerra terrible. La Guerra de la Independencia, más que cualquier otra guerra anterior propia del Antiguo Régimen, moviliza de varias formas, material y mentalmente, a toda la población. Sin duda, actúan en primera línea los soldados del ejército regular, colectividad que sólo estaba involucrada en las guerras de los siglos anteriores; pero aquí, en este libro, no llevarán la voz cantante, porque se les adelantan los guerrilleros y los paisanos. De esa forma, la Guerra de la Independencia se verá como una inmensa aventura humana: epopeya colectiva o tragedia o vía crucis o gigantesco caos. Se me objetará tal vez que son las balas de fusiles, los obuses y las navajas los que aniquilan al enemigo, y no una palabra; pero es una mano la que maneja el fusil o la navaja, y es el individuo utilizador el que me interesa y, más precisamente, el origen y el sentido de la orden que da a su mano...

Se me objetará posiblemente que en un libro dedicado a “héroes” y “villanos” no habían de caber, por ejemplo, Bartolomé José Gallardo o Pedro Pascasio Fernández Sardinó; efectivamente, ninguno de los dos era objetivamente un “héroe” o un “villano”, o, más exactamente, Gallardo y Fernández Sardinó sólo eran “villanos” a los ojos de sus adversarios que tenían motivos personales o ideológicos para odiarles; por el contrario, sus iniciativas conocidas de mucha gente, valientes u oportunas, suscitaban la admiración entusiasta de sus amigos. Además, he tomado en consideración otro criterio que remite a un componente de la definición formal del “héroe”: no se concibe que el protagonista de una hazaña —condición sine qua non para que se pueda hablar de un héroe— quede sepultado en el olvido; su proeza ha de inscribirse en la memoria de un grupo o de una nación. En el *Diccionario de la Real Academia Española* se especifica que el varón que se distingue por sus hazañas o sus virtudes es “ilustre o famoso”. Es decir que la “heroización” supone la amplia difusión en el público de la conducta, ejemplar y magnífica, del personaje y su acceso a la notoriedad. Y eso ocurrió con Gallardo a través de su *Diccionario crítico-burlesco* y con Fernández Sardinó con su periódico *El Robespierre español*. Cuando en Cádiz se encendió y cundió la polémica en torno a las dos publicaciones, no cabe duda de que Gallardo y Fernández Sardinó, convertidos en “héroes” por sus parciales y en “antihéroes” por sus detractores, fueron entonces tan famosos como Agustina de Aragón o tal o cual jefe de partida victorioso. Repito, pues, que durante la guerra, un “héroe” podía ser sencillamente un protagonista cuya actuación extraordinaria y digna de alabanza le permitió acceder a una celebridad más o menos duradera. Un “héroe” ha de ser famoso; hoy se hablaría de “personaje mediático” y bien se sabe que en la actualidad esos personajes suscitan, según el caso, la admiración, la desconfianza o la aversión. ¿Cómo sería famoso un “héroe” si se silenciara su proeza? Por la misma razón, un “antihéroe” no puede ser un desconocido.

Un sinnúmero de combatientes en los campos de batalla, en las ciudades sitiadas o en las emboscadas armadas por los guerrilleros, que tuvieron comportamientos dignos de ser calificados de “heroicos”, resultaron injustamente excluidos del panteón de los “héroes”, simplemente porque nadie tomó la iniciativa o tuvo la posibilidad, después de 1815, de dejar constancia de su excepcional valentía y de celebrarla por escrito. Por esta razón, salvo en unos pocos casos, esos “héroes de las tinieblas” o “héroes nonatos” quedarán injustamente relegados a los bastidores de este libro. En cambio, ocupan un espacio tal vez excesivo unos personajes o individuos que, de manera calculada o involuntaria, han salido a los primeros planos de la actualidad por haber suscitado en la prensa contemporánea o en la literatura posterior discursos repetida y sumamente encomiásticos o inextinguibles vituperios, unos y otros de mucha resonancia. O sea que, asumiendo un deslizamiento de sentido, he sido propenso a admitir abusivamente en la categoría de “héroes” a unos personajes que sólo tuvieron por timbre de gloria y honor el haber conseguido que se hablara mucho de ellos, algunos durante un tiempo limitado, otros a lo largo de los siglos venideros.

Cuando, hace un par de años, cuajó esa idea de evocar la guerra como una escisión y un careo entre “héroes” y “villanos”, no estaba al tanto de la preparación, por Ronald Fraser, de su libro denso y novedoso sobre *La maldita Guerra de España*.<sup>5</sup> No disimulo que, sobre varios puntos, acudí, en la redacción última y reciente de algunos capítulos, a ese estudio admirable, porque advertí varias convergencias: aunque R. Fraser no elimina del todo las batallas, las altas autoridades políticas y las Cortes de Cádiz, hace convivir como yo —y allí estaba la dificultad para componer la obra— las colectividades y los individuos, unos encumbrados, otros humildes, pero no por eso destinados al olvido. Sobre otro punto, comparto la visión o la preferencia de R. Fraser: al emplear el epíteto “maldito” aplicado al conflicto, el autor deja entrever que no concederá al conflicto el tamaño y la esplendidez de una admirable epopeya, tal como fue evocada a menudo en la historiografía española patrioter, chauvinista y xenófoba, que predominó a lo largo de los siglos XIX y XX y hasta hoy en algunos sectores del pensamiento postfranquista. Me hubiera gustado sentar plaza de historiador objetivo; para crear esa ilusión, hubiera sido conveniente llegar, en el libro, a un equilibrio cuantitativo entre los “héroes” y los “villanos”; renuncié a ese cálculo; el resultado es que tengo ahora la impresión, nada desagradable —lo confieso—, de que los “villanos” ocupan más espacio que los “héroes”. Pero me tranquilizaría, si lo necesitara, el saber o adivinar que, en España, van a salir libros en que se impondrá la visión embellecedora, incluso mitificadora, de la guerra ganada contra los franceses. Mi libro quizá suene sólo como una nota en falso...

---

5. *La maldita Guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia*, Barcelona, 2006.

Mientras que teóricamente un “héroe”, para ser digno de llevar ese título lisonjero, ha de ser intachable y suscitar un amplio consenso en su favor, he incorporado bajo el brutal concepto “villano” formas benignas de indignidad, como la cobardía, el egoísmo, la codicia, la duplicidad... En efecto, paralelamente al uso tergiversado que hice de la voz “héroe”, también entendí el término “villano” de manera discutible. Normalmente, el culpable de alguna vileza incide en un desliz moral o delito grave, probable o demostrable. Ahora bien, la guerra entablada con los franceses alimenta un sinfín de acusaciones, fundadas o no, que apuntan a cantidad de personas y entidades colectivas. Esas acusaciones fomentan polémicas y ajustes de cuentas que recogen las gacetas y los folletos. Con el fin de aclarar las circunstancias, el entorno y la acción de los protagonistas, he evocado mínimamente el papel de los soberanos y de los nuevos representantes del poder, tales como las Juntas y la Regencia, pero fijándome unilateralmente en las críticas que se les dirigían. O sea que, otra vez, predomina una visión desacralizadora, incluso peyorativa, en menoscabo de los aciertos, indiscutibles y laudables, que han de ponerse en el haber de esos notables o autoridades. Pero, trátase del rey Fernando, de la Junta Central o de la Regencia, convenía marcar fuertemente que no estamos en presencia de imágenes coincidentes y monolíticas, y sí ante una dialéctica de los pros y de los contras. Valga el solo ejemplo de Fernando idolatrado por la inmensa mayoría de sus súbditos a pesar de su ruin capitulación de Bayona (conocida de mucha gente) y, luego, de su indecorosa claudicación durante el destierro en Valençay (ignorada por sus adoradores).

El resultado de mi enfoque, perjudicial para la imagen de los españoles, es que esa guerra contra Napoleón, sus soldados, José Bonaparte, los afrancesados, aparecerá menos asombrosa, entusiasmante y heroica, de lo que proclamaba la literatura patriótica con su finalidad propagandística. En definitiva, mi enfoque es “desmitificador”, como lo es el de R. Fraser. Si, desde ese punto de vista, es previsible y lógico que mi libro despierte la decepción o el mal humor de los historiadores y lectores apegados a la visión embellecedora y grata del conflicto, por lo menos no se me podrá echar en cara el haber sido excesivamente benevolente con el culpable de la invasión (Napoleón) y con sus protagonistas. Y eso que al norte del Pirineo han salido, en los últimos años, algunos hábiles defensores de tal o cual mariscal o general habitualmente maltratado en la historiografía. Dicho de otra forma, tengo la convicción de que esa guerra, también “maldita” cuando se la mira desde el norte del Pirineo, ha suscitado entre los protagonistas franceses más comportamientos ruines que actos admirables por su bizarría, generosidad, nobleza o moralidad.

Mis investigaciones anteriores me habían llevado a interrogar el enfoque historiográfico del conflicto a partir de estudios y memorias a veces muy

posteriores al conflicto; pero abandoné la posibilidad de profundizar en ese estudio para centrarme en el examen de textos contemporáneos de la guerra para que los lectores pudieran acceder “en directo” a los actores y testigos. Así, a menudo, he prescindido del comentario crítico que esos documentos me inspiraban, para dejar la palabra, casi exclusivamente, a los contemporáneos, y también para que los lectores pudieran opinar libremente. Sólo de esa forma se podía asistir al inmediato enjuiciamiento de los actores y a los inicios de ese proceso de “heroización” y de “villanización” a cuya exploración he dado la prioridad. Algunos de esos documentos, procedentes de archivos, de las gacetas, de los folletos, ya han sido utilizados por estudiosos que se habían situado en el marco bien nacional, bien provincial o local; otros, menos numerosos, tienen el mérito de ser poco o nada conocidos. Una de las consecuencias de esa opción es la superabundancia, poco habitual, de las citas, unas breves, otras extensas. La lectura del libro quizá resulte más ardua de lo que hubiera sido si hubiera eliminado esas “tomas de palabra” de los eminentes o humildes actores y espectadores del conflicto. Afortunadamente existe un paliativo: saltarse esos renglones o párrafos...

Para la estructuración del libro, no pude superar una dificultad con la que también se enfrentó R. Fraser, quien optó por crear, en la mayoría de los capítulos, un insólito apartado titulado “Militancias” en el que perfiló el retrato y siguió la trayectoria de tal o cual individuo, en general de poco peso histórico, como lo son el desconocido Antonio Rivas, “un exfraile y agente napoleónico” o “Lorenzo Calbo, un patriota comerciante”. También se me ocurrió aunar el estudio de algunas colectividades, tales como la de los eclesiásticos y de las mujeres, y la evocación individualizada de algunas personalidades, en general de alta categoría. Pero semejante selección, aparentemente arbitraria o sorprendente, tiene un inconveniente irremediable. Por ejemplo, a propósito de los afrancesados, ¿por qué haber elegido a Miñano y a Meléndez Valdés, y no a Marchena, Amorós o Llorente? ¿Por qué El Empecinado y “El Marquesito”, y no “El Pastor”? ¿Por qué el general Cuesta y no el general La Peña? etc. La pobre respuesta es que recurrí al criterio, no de la importancia (¿objetiva?) del papel militar o político de los personajes concernidos, sino de la intensidad del culto que se tributó a esos llamados “héroes”; al contrario, procuré calibrar la vehemencia y el eco público de las críticas que suscitaron los “villanos” o la acritud de las polémicas en que se enzarzaron. La literatura de combate que saca a unos y otros del anonimato a través de los folletos, sermones impresos, artículos periodísticos... hizo de ellos unos personajes proyectados al primer plano de la actualidad, a veces independientemente de la importancia de su actuación en el terreno.

También se advertirá la frecuencia de los altibajos y colapsos en la progresión hacia la “heroización” o el declive hacia la “villanización” de los

personajes seleccionados: no sufrirán eclipse Daoiz / Velarde y Agustina de Aragón, pero sí sufrirá daños la fama del vencedor de Bailén Castaños y de Javier Mina. El proceso español de “heroización” también es entorpecido por la intrusión de los franceses que suelen negar toda nobleza a sus adversarios cuando practican la guerrilla, y de los ingleses a veces muy severos o malignos con sus aliados.

Soy consciente y responsable de una visible anomalía en la construcción del libro: el subtítulo trimembre que lleva deja suponer que los capítulos dedicados a “las víctimas” tendrían una extensión por lo menos equivalente al espacio ocupado por “los héroes” o por “los villanos”. En realidad, era imposible evitar reiteraciones y, en definitiva, a todo lo largo del estudio surgen los perfiles conmovedores o se esboza la historia siniestra de las víctimas, individuales y colectivas, pertenecientes a varias nacionalidades. Huelga enunciar una evidencia: “las víctimas” han sido incomparablemente más numerosas que “los héroes” y “los villanos” y se necesitarían varios volúmenes para enumerar y evocar las tragedias y los padecimientos acarreados por ese conflicto excepcionalmente mortífero.

Como lo había llevado a cabo en mis estudios anteriores sobre la “Guerra Gran”<sup>6</sup> y sobre la “Guerra del Francés”, no me he limitado a la visión unilateral del conflicto visto del lado español; he incluido, aunque de manera forzosamente sucinta, la visión francesa, incluso añadiendo algunos toques, más o menos inéditos, acerca de la reacción de la población francesa, sólo entrevista en las comarcas lindantes con la frontera pirenaica. Pero, dada la impopularidad de la guerra de España y el mal cariz que pronto tomó, era impensable que se iniciara un proceso de “heroización” y de “villanización” de los altos mandos y de las tropas que intervinieron en la Península; sólo los informes confidenciales mandados a las autoridades parisinas podían desvelar los contrastes entre las actitudes laudables o ruines (más frecuentes éstas que aquéllas) de los mariscales, generales y soldados.

El pluriénfoque del conflicto suponía lógicamente la integración de la visión británica, apenas esbozada aquí, aprehendida a través de los informes mandados a Londres y de las opiniones, presentes en memorias autobiográficas, de los soldados de S.M.B. Los estudios de Ronald Fraser y de Charles Esdaile<sup>7</sup> aportan datos interesantes al respecto, así como la ingente cantidad de recuerdos personales recogidos por Carlos Santacara en *La Guerra de la Independencia vista por los ingleses*.<sup>8</sup> En esas memorias y en esos informes oficiales se perfila, aunque de manera inconexa, la figura ennoblecida de grandes líderes militares,

---

6. *La guerra de España contra la Revolución francesa (1793-1795)*, Alicante, 1991.

7. C. ESDAILE, *La Guerra de la Independencia – Una nueva historia*, Barcelona, 2002.

8. Madrid, 2005.

como el duque de Wellington, y, en contraposición, el comportamiento, a veces indecoroso, de la soldadesca inglesa en la que no escasean los “villanos”, igual que en las tropas españolas, francesas y portuguesas.

También falta el examen del ascenso hacia la gloria y de la caída en la vileza de los jefes y de los soldados portugueses: otra escisión entre “héroes” y “villanos”. Paralelamente, para completar la visión plural, se habría de acudir masivamente a estudios que revelen la existencia, en el seno de la población civil española y portuguesa, de comportamientos colectivos y personales dispares que hacen convivir la bizarría y la cobardía, el altruismo y el egoísmo, el sentido moral y la corrupción, etc.

Esa última sugerencia no es una mera precaución oratoria; sólo anuncia los límites de mi aproximación que era poco menos que irrealizable a partir del momento en que, abandonando el campo trillado del anecdotismo, de la narración épica y de la apología, sólo tenía la pretensión de mostrar cómo esa guerra, al proyectar al escenario todas las clases de la población española y un pequeño sector del pueblo francés a través del ejército invasor, llevó a sus grados extremos y antinómicos las potencialidades del ser humano intemporal: la nobleza y la bellaquería, la rectitud y la fealdad moral, el idealismo y el cinismo, la generosidad y la brutalidad, el amor y el odio, la fe en Dios y la irreligiosidad...



## LAS AUTORIDADES

### **El compromiso de las autoridades españolas**

*Carlos IV, María Luisa y Godoy: un triunvirato mediocre y aborrecible*

Sería excesivo echarle al trío constituido por el viejo monarca, la reina María Luisa y el privado Manuel Godoy la responsabilidad de la invasión de España, la cual se ha de achacar exclusivamente a Napoleón, pero sí tienen los tres personajes una responsabilidad indirecta al haber carecido de lucidez y de firmeza ante el potente y temible Emperador cuyo apetito intervencionista se manifestó claramente antes de la primavera de 1808.

La acusación del príncipe Fernando por parte de su padre en “el proceso del Escorial” hizo del futuro rey un personaje demasiado suspicaz, vengativo y resentido como para inspirar a sus futuros súbditos una profunda admiración. A partir de entonces, el joven príncipe de Asturias proyectó la imagen conmovedora de una víctima injustamente castigada por sus genitores, sin que la severidad del padre llegara a encontrar una indiscutible justificación.

Después, el desarrollo y el desenlace del “motín de Aranjuez” sólo vinieron a empañar aún más la imagen de Carlos IV cuya abdicación precipitada se pareció más a un reflejo de cobardía que a una reacción razonable y noble.

Se puede estimar que el desprestigio de Carlos IV va en aumento a lo largo de la primavera de 1808 y que se opera correlativamente una transferencia de amor hacia Fernando. Y eso que los súbditos de Carlos IV ignoran a qué grado de sumisión y de devoción ciega ha llegado el sentimiento que profesa la pareja real hacia Napoleón y Murat. A éste llega a escribir María Luisa en marzo de 1808:

Señor mi querido hermano: yo no tengo más amigos que V.A.I. El Rey mi amado esposo, os escribe implorando vuestra amistad. En ella está únicamente nuestra esperanza. Ambos os pedimos una prueba de que sois nuestro amigo, y es la de hacer conocer al Emperador lo sincero de nuestra amistad y del afecto que siempre hemos profesado a su persona, a la vuestra y a la de todos los franceses.<sup>1</sup>

---

1. Citado en J. IZQUIERDO HERNÁNDEZ, *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*, Madrid, 1963, p. 342.

Más tarde, habiendo caído en la trampa del encuentro de Bayona en Francia, Carlos IV abandona ante Napoleón todo conato de resistencia, tomando la decisión totalmente ilegal de renunciar al trono, sin solicitar el consentimiento de las Cortes o del Consejo de Estado. Cuando esa increíble renuncia llega a los oídos de los españoles, éstos se contentan con concluir y proclamar que la abdicación ha sido forzada y, por consiguiente, desprovista de valor. A lo largo del conflicto, el recuerdo del rey ya exiliado en Italia parecerá sepultado en un olvido definitivo, sin que en la prensa patriótica, los folletos, las proclamas, se plasme un sentimiento de desprecio, resentimiento o compasión. Así que Carlos IV: ni héroe, ni villano, ni mártir.

Felizmente, no se había revelado a la población el contenido de la carta que el monarca destituido escribió a Fernando, el 2 de mayo de 1808, y que posiblemente fue redactada en Bayona por el mismo Emperador. En ella estimaba que sólo Napoleón podía salvar a España y que Fernando había introducido el desorden en el palacio real, poniéndose a la cabeza de una facción. En esa carta indigna, Carlos se porta como un padre rencoroso y brutal, sin imaginar, en su ceguera mental, que en su hijo tachado de “rebelde” sus exsúbditos habían puesto todas sus esperanzas. Tampoco imagina que el pueblo fuera capaz de oponerse a las miras del Emperador hacia quien mantiene un sentimiento de admiración, confianza y gratitud. Su escasa lucidez se limita a hacerse consciente de su impopularidad aparentemente irremediable.

Sin parecer demasiado afectado por la pérdida de la corona, sólo tiene una obsesión, que comparte con los afrancesados: evitar un conflicto abierto con Francia.

En la “guerra de opinión” que se va a desatar, la esposa del rey también resulta expulsada de la memoria colectiva, como si sus devaneos carecieran de importancia, puesto que no volverá nunca a figurar al lado del rey. Sólo aparecerá de vez en cuando en la literatura de combate afrancesada donde se señalará a qué grado de corrupción o ligereza había descendido la familia de los Borbones con el famoso e indecente triunvirato, de todos conocido.

### *Fernando VII, el rey pusilánime, solapado y resentido, pero adulado*

En la “guerra de opinión” emprendida por los patriotas y destinada a movilizar las mentes y las fuerzas, Fernando, con su título de Rey, figura en la trilogía básica y consensual en la que se sitúa al mismo nivel que la Patria y la Religión. En este sentido, es ya un actor esencial, aunque entre bastidores, en el teatro de la guerra.

Pero se plantea una pregunta difícil de resolver: ¿héroe o mártir? El amor fervoroso que el pueblo le tributa ¿puede existir sin un mínimo de admiración y de agradecimiento?

Hasta que aparezca ante sus súbditos en 1814 al final de su destierro en el castillo de Valençay, se beneficia de una transferencia de amor, que va desde un padre desprestigiado hasta un hijo desdichado, víctima de Godoy durante el proceso de El Escorial y de unos intrigantes que procuraban eliminarle o aplazar su encumbramiento.

Su advenimiento, mediante el motín de Aranjuez, cobra la forma sospechosa de un plebiscito popular cuando, con toda probabilidad, la sublevación ha sido fomentada so capa por unos personajes ambiciosos, resueltos a desbancar al impopular Godoy y anhelosos de ocupar, a título de recompensa, puestos eminentes al lado del nuevo rey. Hasta el final del conflicto y en adelante, se mantendrá la ficción de que, en Aranjuez, fue el pueblo quien, a través de militares enérgicos y de “vecinos honrados”, auspició la entronización del rey. Así se comenta el suceso en un manifiesto redactado por la Junta de Sevilla a mediados de junio de 1808:

Las Tropas todas de la Casa Real, las demás del ejército, y todos los vecinos honrados se unen en Aranjuez para impedir su ejecución (el abandono de la capital por la Real familia) y la impide. El infame privado excita su justo enojo, y debe la vida a la generosidad del Príncipe de Asturias. El rey Carlos renuncia a la Corona y remite al Consejo el instrumento más auténtico de esta libre abdicación. En sucesos tan extraordinarios no se derrama una gota de sangre en Aranjuez. Tal es la lealtad inaudita del pueblo español.<sup>2</sup>

Incompatible con esa visión falseada de un personaje generoso con su enemigo, María Luisa quiere imponer la imagen repulsiva de un hijo descastado.

Un trimestre, entre marzo y mayo de 1808, es poco tiempo para que la actuación del nuevo rey revista un signo determinado y acreciente, o merme, el enorme capital de confianza del que goza Fernando. Algunas medidas o reacciones son recibidas con aplauso por el pueblo, tales como la reanudación de las corridas de toros, la reactualización del proyecto de traída del agua del Jarama a Madrid, el indulto a favor de personajes eminentes que habían sido confinados, como Jovellanos, Urquijo, Cabarrús y Meléndez Valdés y unas generosas atenciones a favor de la servidumbre palaciega. Al mismo tiempo, se pone a funcionar, pero el público ignora esa novedad, una camarilla encabezada por Infantado, San Carlos y Cevallos, que no presagia una política ilustrada o reformadora.

De momento, sigue incólume la popularidad de Fernando, que también saldrá ilesa del bochornoso episodio de Bayona en el que el joven soberano,

---

2. “Manifiesto o declaración de los principales hechos que han motivado la creación de esta Junta Suprema de Sevilla, que en nombre del Señor Fernando VII gobierna los Reynos de Sevilla, Córdoba, Granada y Jaén”, *Demostración de la lealtad española*, t. I, Madrid, 1808, p. 102.

por debilidad temperamental o por cobardía, se resigna a devolver la corona a su padre.

Pero las entrevistas de Bayona bastan para que Napoleón se haga una idea pésima del personaje. Escribe a Talleyrand, príncipe de Bénévent:

El Príncipe de Asturias es un hombre que inspira poco interés. Es tonto hasta el punto de no sacársele una palabra. No responde jamás a cuanto se le dice. Repréndasele o digánsele lisonjas, no cambia nunca de fisonomía. Su carácter se describe con una palabra: es un solapado.<sup>3</sup>

Naturalmente, los patriotas se negarán a ver en la renuncia de Bayona cobardía o simpleza; verán en ella la prueba reiterada de bondad, no de un mártir, sino de un héroe, porque se ensalzará su devoción hacia el pueblo e incluso su valentía, como reza una “Exhortación” redactada en La Coruña a finales de mayo:

Espanoles, abrid vuestros corazones grandes, albergad en él (sic) a Fernando, héroe de inmortalidad, que renunció las coronas y el mundo por vivir aunque arrastrara cadenas entre vosotros: ¿cómo pagaréis este tierno amor, esta valentía de un alma elevada, sino como el sacrificio más glorioso?<sup>4</sup>

En la evocación propagandística de las renunciaciones de Bayona, el desdichado Fernando, en lugar de inspirar la imagen de un personaje varonil, voluntarioso e iracundo, suscita, aunque de manera excepcional, la de un personaje frágil, dotado de una sensibilidad femenina: la del “amado Fernando” que “renuncia” con lágrimas y tiernos suspiros “hasta al derecho de estar en medio de su pueblo” y que no puede “desahogar entre los que fueron, y son sus hijos, la amargura de su corazón”.

Luego, el estatuto de Fernando pasa de expatriado voluntario a deportado o prisionero en el castillo de Valençay. Sienta plaza ya, y a todo lo largo del conflicto, de víctima nº 1 del infame Bonaparte. Pero, en la estricta realidad ignorada por sus súbditos, se trata, en Valençay, de un cautiverio confortable durante seis años, con paseos en calea, conciertos dados por músicos traídos de fuera, lecturas, toque de guitarra y labores de aguja.

Como si no le indignaran las malas artes que empleó con él Napoleón, le dirige una carta en que manifiesta una adulación sólo explicable por su extraordinaria hipocresía o por un culto grosero destinado a conseguir algún improbable favor:

Sire. Presento a Vuestra Majestad Imperial y Real mis felicitaciones más sinceras por la satisfacción que he experimentado ante la instalación de su querido hermano en el trono de España. Siendo constante objeto de todos nuestros deseos de felicidad del pueblo generoso que habita este vasto reino, no podemos ver a su

---

3. M. IZQUIERDO HERNÁNDEZ, *Antecedentes...*, p. 319.

4. *Demostración...*, t. I, p. 4.

cabeza un monarca más digno y más preparado por sus virtudes a asegurársela sin sentir un gran consuelo.

Es improbable que esa carta en la que admite, o finge admitir, el advenimiento de José Bonaparte se haya escrito bajo alguna amenaza. El rey da la impresión poco lisonjera de una gran capacidad para practicar el doble juego.

En vísperas de la boda del Emperador, escribe a éste, el 21 de marzo de 1810:

(...) Mi profundo y sincero afecto a vuestra persona me hace celebrar, con más fuerza que puedo expresarlo, un acontecimiento tan feliz que asegura, a la vez, la ventura de S.M.I. y R. y la de sus pueblos, y que prepara, en fin, la prosperidad de la Europa entera.<sup>5</sup>

Su deseo más ardiente es “obtener el permiso de pasar a París para ser el testigo del matrimonio de S.M.I. y R.”; en aquellas circunstancias se honraría de gozar de las prerrogativas de un príncipe francés. Este último enunciado tiene el sentido de una discreta declaración de afrancesamiento, paralela con una prolongada declaración, tal vez simulada, de “napoleonfilia”.

En otras cartas al Emperador, el ilustre prisionero solicita casarse con una dama de la familia imperial.

En una ocasión, cuando se descubre la maniobra de un tal barón de Kolly que trata de sacar al rey de Valençay, ¡llega a declarar su hostilidad a recobrar la libertad! Al observador de hoy le toca estimar si toda esta conducta es suma habilidad o indecente villanía...

Fernando no se desentiende de cuanto sucede en España, de modo que, en noviembre de 1813, ya se ha hecho consciente de que va a desempeñar otra vez un papel de primera magnitud. Ya se atreve a pedir que unos agentes del gobierno patriótico español vengán a informarle de la situación del país; pero, sin abandonar por fin su actitud de extremada cortesía respecto al culpable de su exilio, acompaña su legítima petición de una increíble afirmación:

Si las circunstancias actuales de su Imperio no le permiten conformarse con esas condiciones, entonces continuaré gustosamente en Valençay, donde he pasado ya cinco años y medio y donde permaneceré toda mi vida.<sup>6</sup>

Su sumisión, proclamada pero hipócrita, al Emperador se acompaña de otra sumisión, voluntaria y a tono con su propio credo y temperamento, a los compatriotas con quienes convive en Valençay. Se llaman el canónigo Escoiquiz y el padre Ostolaza, su confesor. En el espíritu maleable del rey ambos van a instilar un odio definitivo al liberalismo, el miedo a la revolución y el apego al pasado.

---

5. M. IZQUIERDO HERNÁNDEZ, *Antecedentes...*, p. 579.

6. M. IZQUIERDO HERNÁNDEZ, *Antecedentes...*, p. 651.

Esa tendencia va a plasmarse tras la firma del Tratado de Valençay en diciembre de 1813 cuando el rey, restaurado y bajo la influencia del general Elío, descubre a través de los vítores fervorosos de la muchedumbre, de los cantos y las poesías que le rinden culto, que nadie ni nada se opone a que ponga entre paréntesis los años de su cautiverio, anule las reformas promulgadas en Cádiz y restablezca las instituciones tales como estaban cuando se encaminó hacia Bayona. Le habrá tranquilizado y satisfecho el oír sugerencias parecidas a las que rezaba un largo poema publicado en *El Fernandino* a finales de abril de 1814:

Guardaos, Fernando,  
del liberalismo,  
que es decir, de ateos,  
necios presumidos,  
vanos charlatanes,  
audaces e impíos,  
que se han colocado  
en varios destinos.<sup>7</sup>

También le habrán agradado las palabras pronunciadas, en el salón del trono del Palacio de Cervellón en Valencia, por el canónigo Juan Vicente Yáñez que pedía “el restablecimiento de la Inquisición y que se nos restituya al estado religioso que nos dejó V.M. cuando todos padecíamos la acerba amargura de su cautiverio”. Respondió el rey: “Éstos son mis deseos”.

En conformidad con los firmantes del “Manifiesto de los Persas”, Fernando promulga, al día siguiente, el 14 de mayo de 1814, un decreto aún más destructor de toda la obra legislativa de las Cortes:

Declaro que mi real ánimo es no solamente no jurar ni acceder a dicha Constitución ni a decreto alguno de las Cortes Generales y extraordinarias (...).

Con ello, Fernando, no sólo da un paso de gigante hacia atrás, sino que, incapaz de la menor indulgencia, desencadena un proceso de despiadada represión que apunta conjuntamente a los liberales que habían luchado para rescatarle y a los afrancesados que efectivamente le habían abandonado. En unión con sus ministros igualmente enemigos de los “revolucionarios” y de los “traidores”, se convierte en el verdugo de los Argüelles, Calatrava, Muñoz Torrero, Martínez de la Rosa, Quintana, Toreno, así como de los “josefistas” Fernández de Moratín, Lista y Meléndez Valdés.

Los epítetos corrientemente empleados en las proclamas y los folletos para designar a Fernando —“amado”, “bendito”, “augusto”, “grande”, “benigno”, “virtuoso”, “amable”...— no encajan exactamente en la definición del concepto “héroe” que propone el *Diccionario de Autoridades*: “Varón ilustre

---

7. *Los albores de la España fernandina* (ed. de Ricardo Blasco), Madrid, 1969, p. 98.